

Verano *Summer*
Urbicidio balcánico
Balkan Urbicide

La destrucción deliberada del patrimonio material, histórico y emocional de la antigua Yugoslavia ha provocado un auténtico genocidio cultural.

The deliberate destruction of the material, historical, and emotional heritage of the old Yugoslavia has caused in the region a genuine cultural genocide.

LA PRIMERA víctima de las guerras suele ser la verdad; en los Balcanes, la víctima inicial ha sido la memoria. El genocidio físico y genético se acompaña del genocidio urbano y cultural; el exterminio de las poblaciones y las deportaciones masivas se producen de forma simultánea a la destrucción sistemática y deliberada de los museos y los archivos. Las violaciones atentan contra la libertad y dignidad de las mujeres, pero también contra el patrimonio genético de la comunidad agredida; la demolición artillera de las mezquitas y las bibliotecas destruye edificios de gran valor histórico y artístico, pero también reduce a escombros el patrimonio espiritual de un grupo humano.

En la antigua Yugoslavia, la memoria genética y la memoria cultural se aniquilan con idéntica saña: se violan los cuerpos y las ciudades, se mutilan monumentos e individuos, se sacrifican manuscritos y niños. El espanto abisal del sufrimiento humano, en una guerra cuyos corresponsales no nos han racionado el horror, ha desplazado a un segundo plano la destrucción del patrimonio arquitectónico y documental. Sin embargo, esa destrucción se está produciendo en tal escala, y con tan prolífica minuciosidad, que merece una pausa de atención.

Medio centenar de núcleos urbanos en Bosnia-Herzegovina y en Croacia han sido total o parcialmente destruidos. Vukovar, Osijek, Gospic, Trebinje, Zadar, Karlovac, Dubrovnik, Mostar o Sarajevo componen hoy una letanía familiar para el lector de periódicos, pero hace muy pocos años su mención más común se hallaba en las guías turísticas. El atractivo de Osijek o el encanto barroco de Vukovar, sobre el Danubio, las incluía en los itinerarios; el pasado otomano de Mostar, la densidad estratificada —musulmana, cristiana y sefardí— de Sarajevo o la espléndida belleza dalmata de Dubrovnik hacía de estas ciudades destino del viajero curioso de algo más que las playas del Adriático.

Sobre todas ellas se abatió una saña demoledora y furiosa que ha sido descrita con un nombre nuevo, acuñado a la vez por la indignación y la propaganda: ‘urbicidio’. Así lo denominaron las voces croatas que documentaron, a través de una docena de textos y dos centenares de fotos, la destrucción de Mostar por las fuerzas serbias entre abril y junio del pasado año. El arquitecto Bogdan Bogdanović, que fue alcalde de Belgrado entre 1982 y 1986, prefiere hablar de «asesinato ritual de las ciudades» para referirse a la devastación procurada por esta guerra enconadamente antiurbana. Los intelectuales y estudiosos orientalistas que han publicado anuncios a favor de Bosnia, por su parte, han elegido el término ‘genoci-

dio cultural’ para describir el saqueo interminable de la memoria que está teniendo lugar en los Balcanes.

Urbicidio, asesinato de las ciudades o genocidio cultural son tres nombres diferentes para una realidad única, la destrucción brutal del patrimonio material, histórico y emocional de un pueblo. El símbolo inevitable de esta vasta catástrofe es Sarajevo, capital de Bosnia y del dolor, cuya Biblioteca Nacional, que contenía también los fondos universitarios y la hemeroteca nacional, fue bombardeada con granadas incendiarias y reducida a cenizas entre el 25 y el 27 de agosto de 1992, perdiéndose un millón y medio de volúmenes y 150.000 manuscritos y libros raros. Durante el mes de mayo la artillería serbia había destruido ya en Sarajevo el Instituto Oriental y sus valiosas colecciones, así como la Mezquita y Biblioteca Gazi Husrev Beg, fundadas en el siglo XVI y depositarias de un rico acervo de códices miniados, pero ninguna expresaría el horror con tanta elocuencia como las bóvedas en ruinas de la principal institución cultural del país.

En Mostar, otra ciudad significativa, la sede sobre el Neretva de los cascos azules españoles, se destruyeron durante el pasado verano la catedral y las trece mezquitas, seis de los siete puentes históricos y buena parte de los edificios de importancia artística, incluyendo el monasterio franciscano, que contenía el principal archivo histórico de Herzegovina. Y esa demolición sistemática, nunca debida a los azares del combate, que busca cegar las fuentes de la memoria para complementar la limpieza étnica con la higiene cultural, se ha expresado a lo largo y a lo ancho de la antigua Yugoslavia en un sinnúmero de lugares, haciéndose espectacularmente manifiesta a través de la destrucción de centenares de mezquitas, pero afectando también discriminadamente a bibliotecas, archivos y museos.

Ruinas recientes

El empeño deliberado por borrar el pasado se advierte igualmente en los madrugadores planes de reconstrucción, que sin pudor se gestan ya sobre los tableros de los arquitectos y que, por poner un ejemplo, proponen que el nuevo Vukovar se levante en un pintoresco estilo serbo-bizantino... Pero nada de esto parecerá muy extraño a los que conozcan la experiencia española de reconstrucción de las que entonces se denominaban Regiones Devastadas, durante nuestra posguerra en los años cuarenta. Por entonces, el finclito Agustín de Foxá bendecía las ruinas «porque en ellas están la fe y el odio y la pasión y el entusiasmo y la lucha y el alma de los hombres» y reclamaba la necesidad de «ruinas recientes, cenizas nuevas, fres-



La destrucción de la Biblioteca Nacional de Sarajevo fue uno de los acontecimientos más dramáticos de la guerra, e hizo de sus ruinas un símbolo del genocidio cultural sufrido por la antigua Yugoslavia.

The destruction of the National Library in Sarajevo was one of the most dramatic moments of the war, and the ruins became a symbol of the cultural genocide that the former Yugoslavia has been suffering.

THE FIRST victim of wars is usually truth; in the Balkans, the first casualty has been memory. Physical and genetic genocide goes with urban and cultural genocide; the extermination of populations and mass deportations happen in simultaneity with the deliberate, systematic destruction of museums and archives. Rapes violate the freedom and dignity of women, but also the genetic heritage of the community under assault; the shelling of mosques and libraries destroys buildings of great historical and artistic worth, but also reduces to rubble the spiritual legacy of a human group.

In what was Yugoslavia, genetic memory and cultural memory are annihilated with equal cruelty: bodies and cities are ravaged, monuments and individuals mutilated, manuscripts and children sacrificed. In a war whose correspondents

have not spared us the horror, the abyssal fright of human suffering has pushed the destruction of architectural and documental heritage to second place. But this destruction is happening on such a scale – and in such degree of detail – that it deserves a pause of attention.

Fifty or so urban cores in Bosnia-Herzegovina and Croatia have been completely or partly destroyed. Places like Vukovar, Osijek, Gospic, Trebinje, Zadar, Karlovac, Dubrovnik, Mostar, and Sarajevo today form a litany well familiar to the reader of newspapers, but just a few years ago they were names most commonly found in travel guidebooks of what was Yugoslavia. The beauty of Osijek or the Baroque charm of Vukovar, on the Danube, were included in recommended itineraries; the Ottoman past of Mostar, the layered

density – Muslim, Christian, and Sephardi – of Sarajevo, or the splendid Dalmatian beauty of Dubrovnik made these cities attractive destinations for the traveler interested in something more than the Adriatic beaches.

Over them fell a furious, devastating beast that has been described with a new noun, coined by both indignation and propaganda: ‘urbicide.’ That is how it was called by the Croatian voices that through a dozen texts and two hundred photographs documented the destruction of Mostar by Serbian forces from April to June last year. The architect Bogdan Bogdanović – who was mayor of Belgrade, where he still lives, from 1982 to 1986 – prefers to say “ritual murder of the city” when referring to the devastation wrought by this bitterly antiurban war. For their part, the orientalist scholars and intellec-



La radical devastación patrimonial que ha caracterizado el conflicto balcánico afectó a mezquitas como la de Donji Kamengrad (abajo) y a puentes como el histórico de Mostar (página siguiente).

The radical devastation of built heritage that the Balkan conflict has brought affected mosques like that of Donji Kamengrad (below) and bridges like the historic one in Mostar (opposite page).



cos despojos» como tributo varonil de purificación. También en aquel tiempo los poetas iluminados y los arquitectos soñaban en la misma dirección paisajes limpios de impurezas humanas y estilísticas.

Quizá lo más significativo del urbicidio balcánico es que, lejos de obedecer a una violencia ciega e ignorante, responde al designio de un grupo de intelectuales de mirada ardiente y verbo inflamado. Como nos ha recordado Bogdan Bogdanović, «los creadores originales del caos bélico en Bosnia son dos o tres poetas de dudoso valor literario, un historiador de la literatura sin éxito y, como estrategia principal, un psiquiatra de profesión y poeta popular de vocación». Los artífices del genocidio cultural son, paradójica e inevitablemente, los sacerdotes de la cultura.

Auxiliados por la pusilanimidad europea, los nacionalistas serbios se han propuesto imponer sobre el territorio su mitología cultural, sus tradiciones inventadas, sus fabricaciones poéticas e incluso sus falsificaciones estilísticas arquitectónicas. Algo a la zaga, pero sin duda discípulos aventajados, los nacionalistas croatas se proponen similarmente redi-

señar los paisajes de la memoria, y han comenzado a probarse la mano expurgando del callejero de Zagreb toda la onomástica comunista o antifascista que «perturba al ser nacional croata» y espolvoreando el plano de la ciudad con los apellidos de algunos nazis notorios. Entre las dos identidades enfrentadas, el viejo pluralismo multicultural y tolerante de Bosnia, que hizo de Sarajevo ‘el Toledo de los Balcanes’, se desangra y se extingue.

Los europeos, presionados por Alemania, reconocieron prematuramente a Eslovenia y a Croacia, iniciando una turbulencia de consecuencias imprevisibles. El posterior reconocimiento de la independencia de Bosnia se produjo cuando se habían soltado ya los perros de la guerra. Mientras éstos aullan, los líderes de Europa se comportan como aquellos políticos de levita y chistera en la película de Eisenstein, a los que el cineasta soviético hacía salir y entrar aceleradamente de los coches oficiales y los edificios públicos, en una acción pertinaz y ridículamente repetida: marionetas veloces, solemnes e inútiles.

Pero los dirigentes europeos son tan culpables

del desarrollo de los acontecimientos en la antigua Yugoslavia como lo son Milošević o Karadžić, Tuđman o Boban. Con su irresponsabilidad diplomática abrieron una caja de Pandora que no saben como clausurar, y es urgente que lo consigan antes de que el conflicto se extienda aún más. Hoy sabemos encontrar en el mapa la Krajina o Eslavonia, y nos hemos hecho peritos en la geografía de la crueldad que esmalta el territorio de Bosnia-Herzegovina. Sin embargo, todavía somos felizmente ignorantes de la toponimia de Kosovo o de Macedonia, destinos inmediatos de la guerra balcánica.

Si queremos mantener esa pacífica ignorancia, seguramente es imprescindible que nuestros políticos entiendan, como ha subrayado Juan Goytisolo, que «Europa no está muriendo en Maastricht, sino en Sarajevo». El urbicidio es una enfermedad contagiosa que se comunica de inmediato a los vecinos, pero que destruye también poblaciones lejanas. Aunque las demás ciudades europeas parezcan aún intactas, sus corazones están comenzando a helarse, y pronto estarán habitadas por cadáveres.



tuals who have published pro-Bosnian propaganda in dailies have used the term ‘cultural genocide’ to describe the continued sacking of memory that is taking place in the Balkans.

Urbicide, city murder, and cultural genocide are three different names for one same reality, the brutal destruction of the material, historical, and emotional heritage of a nation. The inevitable symbol of this immense catastrophe is Sarajevo, capital of Bosnia and of sorrow, whose National Library, which also held the university’s stock of books and the country’s newspaper collection, was bombed with incendiary grenades and reduced to ashes from 25 to 27 August 1992, losing a million and a half tomes and 150,000 manuscripts and rare publications. Serbian artillery had during the month of May, in Sarajevo, already razed the Oriental Institute and its valuable possessions, as well as the Mosque and the Gazi Husrev-beg Library, founded in the 16th century and depositories of a rich stock of illuminated codices, but nothing would express the horror as eloquently as the ruined vaults of the country’s principal cultural institution.

Mostar – another important city and the station, on the Neretva, of the Spanish Blue Helmets – saw the destruction, last summer, of its cathedral and thirteen mosques, six of seven historical bridges, and a good number of buildings of great artistic value, including the Franciscan monastery, which sheltered the main historical archives of Herzegovina. And this systematic demolition – never wrought by the accidents of combat, but always deliberately working to blind the forces of memory and reinforce ethnic cleansing with cultural hygiene – has been carried out all over the old Yugoslavia, in numerous places, most spectacularly in the destruction of hundreds of mosques but also targeting libraries, archives, and museums.

Recent Ruins

The determination to erase the past is equally evident in the early plans for reconstruction, which are already unashamedly taking shape on architects’ drawing boards, showing, for example, a new Vukovar rising in a picturesque Serbian-Byzantine style... But none of this will seem very strange to anyone familiar with the Spanish experience in what were called Devastated Regions, during our postwar 1940s. At the time, the writer Agustín de Foxá venerated ruins “because in them lie the faith and hate and passion and enthusiasm and struggles and soul of men,” and upheld the need for “recent ruins, new ashes, fresh rubble” as virile tributes to

purification. Also during that time, visionary poets and architects dreamt in the same direction of landscapes cleared of human and stylistic impurities.

Perhaps the most significant thing about the Balkanic urbicide is that, far from obeying a blind and ignorant violence, it is part of the designs of a group of intellectuals of ardent views and inflamed words. As Bogdan Bogdanović reminds us, “the designers of the Bosnian horror are two or three poets of dubious talent, an unsuccessful historian of literature, and as the main strategist, a psychiatrist by profession and populist poet by vocation.” Paradoxically and inevitably, the authors of cultural genocide are the priests of culture.

With the help of European weakness, Serbian nationalists have set out to conquer the territory with their cultural mythology, invented traditions, poetic fabrications, and even architectural stylistic falsifications. A step behind but without a doubt outstanding disciples, the Croatian nationalists are similarly redesigning the landscapes of memory, and have started to try their hand at purging Zagreb’s streets of all communist and antifascist names that “disturb Croatia’s national identity,” sprinkling the city map with the surnames of notorious Nazis. Between the two opposed identities, Bosnia’s longtime multicultural and tolerant pluralism – which made Sarajevo ‘the Toledo of the Balkans’ – bleeds to death.

Under pressure from Germany, Europeans pre-

maturely recognized Slovenia and Croatia, initiating a turbulence of unpredictable consequences. The subsequent recognition of Bosnia’s independence took place with the dogs of war already unleashed. As they howl, Europe’s leaders behave like those politicians in frock coat and top hat in the movie where the Soviet director Eisenstein made official cars and public buildings appear and disappear in fast motion, in a prolonged and ridiculously repeated action: quick, solemn, useless marionettes.

But European leaders are definitely as much to blame for events in old Yugoslavia as the likes of Milošević, Karadžić, Tuđman, or Boban. With their diplomatic irresponsibility they opened a Pandora’s box which they now are at a loss to close, and they had better find a way to seal it before the conflict spreads further. Today we can spot Krajina or Slavonia on the map, and we have become experts on the geography of the cruelty hitting the territory of Bosnia-Herzegovina, but we remain in innocent bliss about the toponymy of Kosovo or Macedonia, next scenarios of the Balkan war.

If we wish to maintain this pacific ignorance, our politicians have to understand, as Juan Goytisolo stresses, that “Europe is not dying in Maastricht, but in Sarajevo.” Urbicide is a contagious disease, spreading fast among neighbors but also to populations farther away. Although the rest of Europe’s cities seem intact, their hearts are starting to freeze, and they will soon be inhabited by corpses.

